

## Somos historias

*Llámame Brooklyn*, de Eduardo Lago, que ahora se reedita, encierra el misterio de la narración en estado puro

Cuando leo, o releo más bien, *Llámame Brooklyn*, como cuando leo *Siempre supe que volvería a verte*, *Aurora Lee*, la magnífica segunda novela de Eduardo Lago, hay una serie de pensamientos que me vienen a la cabeza y que nunca sé muy bien cómo explicar. Ni siquiera sé con certeza de dónde vienen ni por qué las novelas de Lago me hacen pensar esas cosas.

Primero, hay una sensación de agrado, de placer, ante la elegancia del lenguaje. Es evidente que este lenguaje tan claro pero tan misteriosamente elocuente es el resultado de un largo proceso. Es evidente que hay templos en llamas y selvas salvajes de palabras que han sido atravesados por el autor antes de llegar a este tranquilo dominio, a esta austeridad.

Me gustaría decir que es un estilo invernal, porque hay algo en lo que se parecen las dos ciudades de Eduardo Lago, Madrid y Nueva York, y es en la claridad luminosa de sus inviernos. Cuando llega el frío a Nueva York, la terrible humedad estival desaparece y de pronto el aire recuerda al de Madrid. Algo así sentía Juan Ramón Jiménez en «Espacio» cuando pasea por St. John the Divine un día de viento. Estilo de aire frío en el que las cosas se oyen y se ven con claridad. Pero no es eso lo más misterioso de la escritura de Eduardo Lago. Hay otra cosa.

### No tan obvio

Cuando leo sus dos novelas siento que me encuentro ante el misterio de la narración en estado puro. Pienso, por ejemplo, que las historias son vidas. Esto es algo que él hace en sus libros: están llenos de historias porque están llenos de vidas. Y esto seguramente no es algo tan obvio como podría parecer, porque hay muchos tipos de historias, y no todas las historias

cho sorprendente: que todos nosotros somos historias, y que nuestra vida es real, no una mera acumulación de acontecimientos, pero también un sueño, un sueño que hemos soñado, un sueño romántico adornado con el oleaje de Fenners Point y el olor del opio de los fumadores.

### Quemarlos todo

Hay en *Llámame Brooklyn* una extraña pasión por contar, por transformar las historias (las vidas) en literatura, por transformar las vidas en historias. Los personajes escriben diarios (el propio Lago es un adicto a la escritura diarística) y se escriben largas cartas y hablan en cafés y en bares y se cuentan historias. Gal Ackerman es un escritor inédito que tiene un armario lleno de historias. Su amigo Néstor, obedeciendo sus deseos, lo quema todo a excepción de una novela en fragmentos que intentará reconstruir. Esas historias que se deshacen en cenizas son igual que los miles y millones de historias que desaparecen con la muerte, las vidas olvidadas, las historias perdidas que no han sido rescatadas por la literatura.

Largas conversaciones en cafés, relatos, diarios, cartas, noticias, reportajes de prensa que son historias, incluso el informe de un detective: una pasión por apuntar las cosas, por capturar los esquivos perfiles de la vida que se deshace. Historias del pasado, de la Guerra Civil Española, románticas historias de marinos daneses en la época en que en Nueva York había puerto, historias épicas como la de los padres de Gal, una miliciana y un brigadista italiano, historias íntimas como la del negro ciego que se sabe la *Biblia* de memoria. No hay nada en la literatura española moderna que se parezca a las novelas de Eduardo Lago.

ANDRÉS IBÁÑEZ

### *Llámame Brooklyn* Eduardo Lago



Narrativa  
Malpaso,  
2016  
412 páginas

son vidas. Y otra cosa: que las  
vidas, nuestras vidas, son his-  
torias. El novelista aparece de  
la nada para revelarnos este he-



24 euros  
E-book:  
7,99 euros